

RECORDANDO LAS RAICES

ASPECTOS DE LA ETNOGRAFIA DEL PUEBLO VASCO *

Andere gizonak!

Esan diate hemen hobe izango dala erderaz itzegitea. Gehienak ez baita kite euskeraz. Horregatik, barkatu, euskaldunok, euskeraz dakizutenok danok. Beraz, itzaldia erderaz egindo dut.

Señoras y señores: Ya han oído ustedes el prólogo de esta mi disertación (la presentación hecha por el Sr. Larruquert). Muchos elogios, pero ya sé yo bien que, para llegar a la realidad, el tono de tales elogios hay que abemolarlo considerablemente. Pero de todos modos, agradezco sus palabras, pues son expresión de su benevolencia. Entre los muchos elogios, hay algunos que acaso no deberían serlo, pero no voy a prolongar mi disertación con esta nueva introducción.

Trato de recordar un poco las raíces; recordemos las raíces. Conocer nuestra etnia, es decir, este grupo de personas, de familias, de vecindades o de poblaciones que es el pueblo vasco, carac-

* Conferencia dada en la Casa Consistorial de Irun, 25 de Marzo de 1982.

terizadas por una cultura común, es tarea en la que lo esencial es llegar a tener una imagen, la más concisa y completa, de esta misma cultura en la actualidad y en las fases de su proceso histórico, en sus raíces.

Pero el pasado no está a la vista: hay que recuperarlo, hay que revivirlo atendiendo a las huellas materiales que se han conservado, a los documentos que nos han llegado y a determinados elementos de la cultura actual que nos vienen como herencia, más o menos *inmutata*, de tiempos pasados.

En lo que respecta a ciertos elementos materiales de la cultura antigua no necesitamos alejarnos mucho. Sólo en una parcela del territorio vasco, en cuyo centro se halla Irún, tenemos restos arqueológicos de la época romana, cerca de los prados de *Beraun*, también en *Juncal* y en Santa Elena; igualmente en *Asturiaga* (desembocadura del Bidasoa); más allá en *Anderregi* (Oyarzun), en Rentería y en las minas de *Arditurri*. Son materiales que revelan la industria cerámica de la época, el uso de la moneda, el comercio marítimo, la explotación de minas y las prácticas funerarias con incineración de los cadáveres.

Más alejados se hallan los cromlechs de Oyarzun, de Aguiña y de Biriatu que nos recuerdan la edad del hierro y la costumbre de incinerar los muertos y de colocar sus cenizas en urnas hechas con lanchas de piedra.

Anteriores son los dólmenes de *Jaizkibel*, de *Aguiña* y de Rentería, que no recuerdan la vida pastoril de hace 4.000 años. Más remotos todavía parecen ser (del Mesolítico) las piezas de pederrenal talladas que encontré el año 1965 sobre el acantilado de cabo de Higuer.

Más allá tenemos las cuevas de *Aizpitarte* que fueron habitadas por el hombre durante muchos milenios de Paleolítico superior y aún, según Breuil, durante el Paleolítico medio, hace más de 40.000 años.

A la tenue luz de estos vestigios ya citados y de los materiales contenidos en los monumentos y yacimientos que hemos señalado y de otros más descubiertos y estudiados en otras comarcas de Vasconia, podemos vislumbrar no sólo las líneas generales del proceso histórico de la cultura en aquellos tiempos, sino también mu-

chos detalles de los modos de vida en cada etapa y aún determinados rasgos de la mentalidad de los remotos habitantes de nuestro país.

Así, sabemos que los hombres del Paleolítico se dedicaban principalmente a la caza de diversas especies de animales salvajes del país —bisontes, toros, caballos renos, ciervos, rebecos, cabras, etc.—, caza que practicaban principalmente con batida y trampa; que tenían como albergues las cavernas del país que les ofrecían clima más benigno que la tierra al aire libre y mayores facilidades de defensa ante las acometidas de las fieras; que utilizaban el fuego en sus albergues para calentarse y para calentar las piedras con las que hirvieran el agua para usos culinarios; que fabricaban instrumentos de piedra y de hueso, como cuchillos, puntas de lanza o para otros usos, buriles, cinceles, sierras, raspadores, raederas y otros útiles de piedra hábilmente tallados, y diversos tipos de puntas, arpones, bramaderas y amuletos labrados en hueso; que desarrollaron el arte en sus formas de escultura, de grabado y de pintura, como manifestaciones de sus modos de pensar o como medios de veneración a númenes en figura de animales de varias especies.

El tipo humano que vivía en nuestra tierra durante el Paleolítico medio era el llamado de Neandertal, y durante el Paleolítico superior, el de Cro-Magnon (*Homo sapiens sapiens*).

Después cambió el clima, fue suavizándose el ambiente. La fauna cambió también y, sobre todo, la flora. El hombre disponía, pues, de nuevos y más abundantes alimentos vegetales. Podía ya vivir o tener albergues fuera de las cavernas.

Estas mudanzas influyeron, al parecer, en el cambio del tipo humano que, siendo hasta entonces el de Cro-Magnon, tomó aquí, ya en el Mesolítico, la traza o forma del que se llamó «el hombre pirenaico occidental» o vasco.

Más tarde nuestros antepasados lograron domesticar algunas especies de animales salvajes que discurrían por nuestra tierra, como el toro, la vaca, el caballo, la cabra, el puerco; también empezó a labrar la tierra, utilizando azadas y otros aperos, y a recoger más hortalizas y cereales. De esta suerte pudo asegurar más su alimento.

El hombre que ya construía cabañas al aire libre, empieza también a construir cavernas sepulcrales con grandes piedras —los dólmenes—, monumentos de la primera arquitectura de esta parte del mundo occidental. Su emplazamiento, su orientación, los elementos que los integran y los objetos que acompañan a los allí enterrados, nos revelan un modo de vida pastoril de sus constructores y usuarios, creencias en la divinidad solar y veneración de los antepasados y la perduración de las viejas costumbres y símbolos inspirados en la magia y en la religión naturalista o de genios y divinidades terrestres.

Continuaron todavía durante largo tiempo los modos de vida antiguos, con la caza, la recolección, la ganadería, la agricultura, la industria de la piedra y del hueso asociada a la de la cerámica y a la de los metales, como del cobre, del bronce y, últimamente, del hierro; materiales todos, que fueron utilizados para fabricar instrumentos y adornos, sobre todo, armas.

Ya en la edad del hierro, tal vez desde la del bronce, se propaga la costumbre de incinerar los muertos, depositando sus cenizas en hoyos bajo tierra y en urnas de piedra y de cerámica (según los lugares), urnas que eran enterradas a veces en el centro de unos círculos de tierra rodeados de grandes piedras enhiestas —cromlechs— o que eran depositadas en cámaras o rincones de las cuevas, alejadas de su entrada (Urio, Usategi, Armontaitz, Bortal, sierra de Ciordia), costumbre que llega hasta la época de la influencia romana. De este tiempo hemos recordado arriba algunos vestigios, a los que cabe añadir la noticia de las monedas de Santimamiñe, de Sagastigorri, de Larrabezúa, de Navarniz, de San Sebastián (Atáun), de *Laminzilo* (Istúritz), las ibéricas de Usategi (Atáun), etc., y de las aras y lápidas en las que figuran los nombres de varias divinidades del panteón romano y de otras indígenas, como *Aituneo*, *Tulonio*, *Sandao Vim...buro*, *Uvarna*, *Baelisto*, *Useae*, *Selatsa*, *Loxa*, *Lakubegi* y *Herauscorritsehe*, además del Sol y de la Luna.

Luego se propaga el Cristianismo.

Otros rasgos de nuestras raíces se han perpetuado, como herencia de remota edad, desempeñando su papel hasta la cultura de nuestro tiempo.

Nada tiene de extraño que, en líneas generales, los modos de vida de épocas pasadas, si bien más o menos obnubilados hayan llegado hasta nuestros días. Esto obedece a exigencias elementales de nuestra vida, que, en todas partes y en todas las épocas, son las mismas. Otra cosa es que también lleguen ciertas costumbres que no tienen conexiones naturales y necesarias con tales modos de vida, como vamos a verlo.

Cada uno de los modos de vida nos trae, pues, recuerdos de rasgos o modalidades de épocas remotas. La caza, por ejemplo, existía aquí en los más antiguos tiempos del Paleolítico que conocemos. Hay motivos para pensar que en aquel entonces el ojeo, asociado a la trampa, era el procedimiento empleado para cazar bisontes, caballos, renos, ciervos, rebecos, cabras, etc., puesto que las armas a la sazón conocidas no eran suficientemente eficaces para la captura de tales especies. Es el mismo procedimiento que hemos visto emplear en nuestro tiempo para capturar los *betizus* o vacas salvajes, las cabras y los caballos montaraces. El mismo ha sido utilizado hasta hace poco para cazar lobos, obligándolos a huir hacia un desfiladero o a una trampa —en vaso, *otsozulo*, *otsozulueta*—, donde eran muertos. Son conocidas las loberas de Guibijo, de Lakozmonte y de Gorbea. Más conocida es todavía la captura de palomas mediante ojeo en redes tendidas en collados. Este procedimiento y el uso de bumerang (en vasc. *Makila*, *karrota*) parecen tener larga tradición en el país.

La ganadería también tiene aquí remotos antecedentes: parece datar de fines del Neolítico. Como una de las funciones de la ganadería viene practicándose durante milenios la trashumancia, con sus flujos y reflujos entre el valle y los pastos de montaña. A ella debe de aludir el nombre *Larrazkena* «el fin del pasto estival» con el que es designado el otoño.

De aquellas viejas épocas nos han llegado también la comunidad de pastos, de tierra y de pastos y el libre aprovechamiento de las rastrojeras, como también la posesión del pastor, tan sólo en usufructo, del albergue y del sel o majada. Por eso el pastor establecido en terrenos comunales, no ha podido cubrir la techumbre de su choza con teja, porque ésta es símbolo de la propiedad privada.

A estas constantes de la ganadería van asociadas las del ajuar del pastor: tazas y platos de madera, etc. y el método de cocer la leche o modo de calentar los líquidos con piedras candentes, todavía en uso, pero que hizo su aparición en el país, cuando menos en el Paleolítico superior para poder aprovechar la carne de los magurios sin someterlos directamente al fuego y sin romperlos.

La agricultura es otro modo de vida que nos trae ecos de un pasado muy lejano. Los nombres vascos como *aitzur* «filo de piedra» que significa azada, *nabar* o cuchilla del arado, *aiotz* o podadera, *garranga* o dentadura de la hoz parecen apoyar esta opinión, a juzgar por sus componentes *aitz* y *arri* «piedra» que nos recuerdan los tiempos en que tales instrumentos eran de piedra.

Ciertas operaciones o labores agrícolas, como la siembra, la escarda y la recolección de la cosecha, nos vienen también de lejos, como nos lo indican los nombres de varios meses. Tales son *azaro* «mes de la siembra» que es noviembre, *jorrailla* «mes de la escarda» o abril, *garagarrilla* «mes de la cebada» o junio, *uztailla* «mes de la cosecha» o julio, *iraila* «mes del helecho» o septiembre y *urrilla* «mes de las avellanas» u octubre. Nombres que parecen anteriores a la época de la influencia romana en el país.

La *sociedad* es otro de los aspectos de la cultura, otro ambiente en el que se desenvuelve el hombre. La sociedad conserva el saber y las invenciones logradas por las generaciones pasadas. Gracias a esto, uno puede ahora asimilar en pocos años lo que costó siglos y milenios en ser descubiertos por nuestros antepasados.

La propia casa, la familia, es o ha sido la sociedad más importante para cada uno. La casa ha sido —aún lo es en muchos casos— albergue, sitio de reunión, habitación, taller, punto de convergencia para cuantos nacieron en ella, templo y, en casos, sepultura. La casa ha sido considerada, pues, como lugar sagrado. Se le ha reconocido el derecho de asilo en la costumbre y en las leyes. También el del *antuzano*, que no permitía que entrara ningún extraño en una casa contra la voluntad de los moradores de ella. Este derecho era respetado hasta por los númenes o genios que figuran en los relatos populares. El poder de ellos no llegaba al interior del edificio, o no traspasaba el umbral de la puerta. Tal fue el caso de un personaje llamado Xabier, del caserío Arratinea

(Atáun) que, perseguido por un genio de figura de toro de fuego, logró entrar en su casa momentos antes que llegara el genio que dió un golpe en la puerta y regresó a su guarida.

Otro grupo social es la *vecindad* formada por familias que viven en las casas situadas en una pequeña unidad geográfica, como un flanco de montaña, un pequeño valle o una colina. Son familias estrechamente relacionadas entre ellas, con derechos y deberes mútuos especiales: ayuda en trabajos apremiantes, trabajos en común, asistencia social en accidentes en personas y en animales, en casos de incendio, de enfermedad y muerte, etc...

Pregunté en muchos sitios a ver cómo se comportaría un vecino con otro con quien estuviera enfadado, en casos en que éste tuviera un percance o muerte de un familiar. La contestación de un informante mío de Sara fue: «se conducirá como si jamás se hubiesen enfadado; el rencor y los malos tratos ocupan un nivel inferior en la vida humana; en los casos que requieren asistencia vecinal, uno tiene que colocarse y se coloca en otro nivel, que es de la caridad, que nos une con Dios y por él con el prójimo: el amor es la base de nuestra convivencia y no el odio ni la violencia» (de Ganixon de Larzabal, de Ibatsobeherea).

El *lenguaje* es otra categoría de la cultura. Y en nuestro país, el euskera es un elemento característico del pueblo vasco, aunque no lo hablen todos los que integran este grupo. Lengua que ha sido vehículo de ideas y de sentimientos de este pueblo singular en muchos milenios. Es, pues, una constante de nuestra cultura. Lengua, además, cargada de reminiscencias de culturas o fases culturales pasadas. Recordemos, por ejemplo, los nombres vascos de los meses que hemos mencionado antes. Señalemos también los nombres *Astelen* «principio de la semana» o Lunes, *Astearte* «entre semana» o Martes y *Asteazken* «fin de la semana» o Miércoles, nombres que recuerdan la época en que la semana constaba de tres días. *Ostegun* «Jueves» y *Ostiral* «Viernes» que significan días dedicados a dos divinidades celestes, nos traen reminiscencias de la mitología indoeuropea.

Oneztu «relámpago» y «*oneztarri*» «piedra de relámpago» o rayo son antiguas versiones de sus correspondientes nombres indoeuropeos, asociadas por cierto a una vieja leyenda del mundo

ario, según la cual el rayo es una piedra lanzada por una divinidad celeste (Thor, Júpiter...).

Gerixeti «sombra», «aparecido» o «alma errante». Con estos significados de *gerixeti*, «sombra» y «alma errante» (en Muxika y en Orozko) concuerda la creencia de que, a la luz de la Luna, se ven las sombras del legendario cazador errante y de sus perros, y de que, para castigar a una bruja, se debe azotar su sombra, y de que los gentiles bailaban en el plenilunio cada uno con su sombra. Esto parece revelar una influencia de la concepción romana de las almas en contraposición con otro nombre —*argi*— que significa luz, más empleado en el país para señalar las almas de los difuntos.

Recordemos también los nombres vascos de ciertos instrumentos, antes mencionados, que apuntan la época prehistórica en que tales piezas eran de piedra.

Los nombres vascos de algunos animales, como el toro, la vaca, el caballo, el puerco, la cabra y el perro, y de las diversas fases de su vida suponen previa domesticación de los mismos. No siendo, por otra parte, referibles a las lenguas indoeuropeas, parece que su existencia en el léxico vasco es anterior a la expansión de la cultura indoeuropea que, hacia el Neolítico final, llevó a muchos países la práctica de la domesticación de algunas especies animales. Si así no fuera, la mayor parte de nuestros animales domésticos tendrían en vasconce nombres de origen indoeuropeo.

Ya hemos visto que las categorías de la cultura que hemos tratado de esbozar, son otras tantas soluciones o respuestas que el vasco ha dado a las preguntas que lanzara contra los seres del contorno en estos o parecidos términos: *¿qué son estas cosas?*, *¿para qué son?*, *¿cómo las pondré a mi servicio?* Y así, en su largo proceso vital, nuestro pueblo ha ido acumulando elementos técnicos, científicos y sociales que le posibilitaran y facilitarán su andadura.

A este sistema de ayudas cuasi materiales, que forman una suerte de cultura instrumental, asocia el hombre las soluciones que ha dado a los problemas característicamente humanos. En efecto, es él quien, en determinados momentos de su vida, se enfrenta consigo mismo y se pregunta: *¿qué soy yo?* y *¿cuál es mi destino?* Estos problemas cardinales se hallan presentes en la vida tradicional

de nuestro pueblo y, con ellos, sus correspondientes soluciones. Forman éstas un programa general de la vida y una suerte de entramado o estructura coherente, apreciativamente la más seria de la cultura vasca.

A poco que escarbemos la mentalidad de quienes se hacen eco de la vida tradicional de nuestro pueblo y les preguntamos acerca de la idea que tienen del hombre, la respuesta es esta frase consagrada por el uso: *ez gera gure baitan, guri eragiten digun beste baitan baino* «no somos de nosotros mismos, sino de otro que nos trasciende». Así el hombre aparece ligado primariamente a Dios. Hecho que deberemos reconocer mentalmente y cordialmente (con amor). Amar a Dios y, por lo tanto, al prójimo es nuestro quehacer y la base y aglutinante de nuestra convivencia. He ahí un esbozo del humanismo tradicional vasco.

Como secuela de esta concepción humanística aparece un código moral y una conciencia privada y pública que propone a uno el control interior de su conducta y una minuciosa organización de asistencia mutua en nuestra casa, en nuestra parentela, en nuestras vecindades y en nuestros pueblos, como hemos reconocido en numerosas localidades del país.

Esta forma de humanismo nos ha llegado encuadrada en el Cristianismo y presentada en términos concretos muy asequibles. Sus antecedentes más lejanos son poco demarcados. Con todo, el análisis puede, en ese cúmulo de datos polivalentes que aporta el arqueólogo, descubrir rasgos o señales de su existencia y, en casos, barruntar algunas de sus características.

Empecemos por el hombre que vivió aquí durante el Paleolítico medio, el Paleoantropo. Se dedicaba principalmente a la caza, con batida y trampa en muchos casos. Trabajaba en equipo o asociado, utilizaba el fuego y diversas clases de instrumentos tallados en piedras. Se nos presenta como creador de una cultura y resueltamente progresivo. Cabe preguntar si este paleoantropo orientaba su conducta hacia un ideal que trascendiera la pura necesidad de alimentarse, abrigarse y defenderse. ¿Tenía preocupaciones que rebasaran la vida vegetativa, o que supusieran la integración del hombre en un mundo trascendente? Nada podríamos asegurar. Existen, sin embargo, ciertos hechos que permiten una

conjetura favorable a una interpretación como símbolos religiosos o de un humanismo basado en algo que nos trasciende. El uso del ocre y de algunos objetos insólitos (piezas de galena y de plomo de *Lezetxiki*), de cristales de roca (en *Axlor* y en la cueva de *Lezetxiki*) y la inhumación de cadáveres en regiones periféricas del País Vasco (*Moustier, La Ferrasie y Chapelle-aux-Saints*), provistos de ocre y de diversos útiles son, al parecer, manifestaciones de un sentimiento o designio que trasciende las preocupaciones técnicas, signo de una superestructura religiosa de la vida, si bien un signo o indicio envuelto en aureola conjetural.

Otro momento importante en el proceso de la vida del hombre prehistórico en nuestro país es el Paleolítico superior. Es la era del *Homo sapiens sapiens* o del hombre de Cro-Magnon.

También aquí son usuales diversos objetos que parecen símbolos religiosos, como ocre, cristal de roca y de otros minerales, dientes y mariscos perforados, silbos de hueso e inhumación de cadáveres provistos de objetos personales, etc. Existen, además, otras manifestaciones, como son las figuraciones gráficas, es decir, figuras de animales y de diversos signos grabados en objetos de piedra, de hueso y de cuerno, y figuras pintadas y grabadas en muros del interior de diversas cavernas, como son las de Venta de Laperra, Arenaza, Santimamiñe, Goikolau, Ekain, Altxerri, Alkerdi, Isturitz (tres cavernas), Sasixiloaga, Sinhikole y Etxeberri en el País Vasco. Formando conjuntos sistemáticamente situados en parajes lejanos de las cavernas, parecen responder a unas mismas concepciones o que se hallan ligadas entre sí en un mismo fondo ideológico.

En este último caso, es probable que se trate de símbolos mágicos o religiosos, quizás de fórmulas de plegarias, tal vez de ideogramas y posiblemente de representaciones de genios subterráneos a los que se rendía culto, lo cual tiene sus paradigmas en las creencias y mitos que la tradición hizo llegar hasta nosotros en muchos lugares de Vasconia. Tales son los que refieren a *Zezen-gorri* «toro rojo» de la caverna de *Ubedi* (Atáun) a *Zaldi-zuri* «caballo blanco» de *Putterri* (sierra de Aralar) y de *Lexarrigibel* (sierra de *Auski*), becerro rojo de la caverna de *Okina*, etc.

Otro momento muy señalado en el curso de la historia de la

población de este país es el período Megalítico. Desde el Neolítico final (tercer milenio antes de Cristo) hasta la edad del Hierro, eran hombres que se dedicaban principalmente a la ganadería. Los materiales más visibles de su cultura son sus construcciones: centenares de dólmenes anteriores a la edad del Hierro y centenares de cromlechs de esta última edad dispersos por gran parte de nuestro territorio.

El dolmen, sepultura cuyo eje mayor está orientado de Este a Oeste aproximadamente, nos recuerda creencias y cultos solares, así como también el culto de antepasados. Este último aparece confirmado por los objetos, como vasijas de barro, amuletos, cuentas de azabache, aros de hueso y de piedra, piritas de hierro, cristales de roca, instrumentos y armas de piedra y de bronce, etc. que acompañan a los muertos allí depositados. Además, por los fuegos que sus devotos les encendían en el portal de la cámara sepulcral, las estelas de piedra y las figurillas femeninas de hueso del dolmen de San Martín (Laguardia).

No conocemos, sin embargo, más que en penumbra la actitud mental de aquellos hombres y la significación de estos hechos u objetos. Tan sólo sabemos que tales usos entraron en la historia e incluso llegaron hasta nuestros días con un sentido religioso y en estrecha relación con el reconocimiento de un Ser o de seres que trascienden tanto al hombre como al mundo que a la sazón era conocido.

En la vida del pueblo vasco fue también importante la época romana. En este tiempo los vascos continuaban su antiguo modo de vida ganadera; pero la agricultura, que en algunas regiones se había introducido antes —en la edad del Hierro—, llegó en esta época a alcanzar un mayor desarrollo y extensión en nuestro país. En el aspecto humanístico cabe señalar numerosas inscripciones en las que aparecen mencionadas varias divinidades locales, genios del lugar, de fuentes, de montes y de árboles, y otros del panteón romano, de los que ya hemos hecho mención antes. Parece que la concepción del hombre y del mundo se hallaba muy diluida en una suerte de animismo que consistía en considerar animados los fenómenos y seres del mundo físico, en asignarles los atributos de la divinidad y en rendirles culto. En medio de tal ambiente hizo su aparición el Cristianismo.

La nueva religión no rechazó de plano la antigua creencia o reconocimiento de que el hombre depende de algo que le trasciende, antes la reforzó, si bien enseñó también que ese *algo* no son los seres naturales que forman el mundo, sino un ser único — Dios—, origen y razón de ser del Universo, y señaló al hombre su destino y su misión en esta vida. Proponía, pues, un camino a seguir, a la vista de un modelo concreto, Jesucristo. Así presentaba una solución clara y tajante a los problemas fundamentales y característicos del hombre.

El Cristianismo fue aceptado aquí y practicado después durante siglos hasta nuestros días. Ha sido la más coherente estructura y el andamiaje primario de la vida privada y social de los vascos.

Y ahora, en nuestros días, ¿qué? En las últimas décadas se ha producido un viraje total en los modos de vida, un gran desarrollo de la técnica y un extraordinario adelanto en los múltiples medios de comunicación, lo que ha contribuido a la formación de masas de alienados y extravertidos. El humanismo tradicional va siendo sustituido por el hedonismo a lo Asurvanipal, por el marxismo y —entre los intelectuales— el agnosticismo.